

## II

## EL MUELLE

Nos quedaban dos sitios esencialmente populares que visitar, los cuales habíamos visto al paso, pero todavía no los habíamos examinado detalladamente: esos dos sitios eran el Muelle y el Mercado Nuevo. El muelle es en Nápoles lo que era el boulevard del Templo en París, cuando en París había un boulevard del Templo. El muelle es la estancia privilegiada de Polichinela.

Hasta ahora hemos hablado poco de Polichinela. Polichinela es en Nápoles un personaje muy importante. Toda la oposición napolitana se ha refugiado en él, como toda la oposición romana se refugió en Pasquin. Polichinela dice lo que nadie se atreve á decir.

Polichinela dice que con tres F se gobierna Nápoles.

Esta era también la opinión del rey Fernando, quien como hemos dicho, no tenía menos imaginación ni era menos popular que Polichinela. Estas tres F son: *fiesta, farina, forca*: fiesta, harina, horca. Mil setecientos años antes de Polichinela, había encontrado César los dos primeros medios de gobierno: *Panem et circenses*. Tiberio fué quien encontró el tercero. A cada uno lo suyo.

Por lo demás, nada habría de admirable en que Polichinela hubiese oído decir aquella frase á César, y hubiese visto practicar el principio al mismo Tiberio. Polichinela se remonta á la más alta antigüedad; una pintura hallada en Herculano y que data probablemente del reinado de Augusto, retrata rasgo por rasgo ese ilustre personaje, por bajo del que está grabada esta inscripción: *Civis Atellanus*. Así que, según todas las probabilidades, Polichinela era el héroe de los atellanos. Y vengan nuestros grandes señores á vanagloriarse ahora de su nobleza del siglo XII ó del XIII. Ellas son mil quinientos años posteriores á Polichinela. Polichinela podría hacer triple prueba, y tenía tres veces el derecho de subir en los carruages del rey. La primera vez que vi á Polichinela, acababa de proponer alimentar la ciudad de Nápoles con una fanega de trigo durante un año, y esto con una sola condición. Guardábase sobre ella gran silencio en la plaza pública porque todos ignoraban cuál era la condición, y trataban de investigar cuál podía ser. En fin, al cabo de un instante, impacientándose los investigadores, preguntaron á Polichinela, que esperaba con los brazos cruzados y mirando á la multitud con su aire de truan, cuál era aquella condición.

— ¡Y bien! dijo Polichinela, haced salir de Nápoles á todas las mujeres que engañan, y todos los maridos engañados; poned á la puerta á todos los bastardos y á los ladrones, y yo alimento á Nápoles durante un año con una fanega de trigo, y al cabo de un año todavía me

quedará mas harina que la que necesite para hacer una galleta de una pulgada de espesor y seis piés de circunferencia.

Esta manera de decir la verdad es acaso un poco brutal, pero Polichinela no se ha afinado nada. Se ha conservado tan buen aldeano de la campiña como Dios le ha hecho, y que no es necesario de confundir con nuestro Polichinela, á quien el diablo lleve, ni con el Punch inglés, á quien ahorque el verdugo. No, este muere cristianamente en su cama; ó mas bien, este no muere jamás; es siempre el mismo Polichinela, con su traje, su camisa de algodón, su pantalon de lienzo, su sombrero puntiagudo y su media mascarilla negra. El Polichinela de nuestro pais es ser fantástico, que coloca bocas como nadie, maldiciente, libertino, fanfarron, maton, volteriano, sofista, que pega á su mujer, que lucha con la patrulla, que mata al comisario. El Polichinela napolitano es un buen hombre, tonto y astuto á la vez, como se dice de nuestros aldeanos; es holgazan como el ganarelle, gloton como Crispin, franco como Gautier Garguille.

Al rededor de Polichinela, y como planetas que componen su sistema y giran en su órbita, se agrupan el improvisador y el escribiente público.

El improvisador es un grande hombre, seco, vestido con traje negro raído y reluciente, que le faltan dos ó tres botones por delante y un boton por detrás. Lleva de ordinario un calzon corto que sostiene por encima de la rodilla medias de seda ó un pantalon ajustado que va á perderse dentro de unos borceguies. Su sombrero, lleno de gibas, atestigua los frecuentes contactos que ha tenido con el público, y los lentes que cubren sus ojos, indican que su mirada se ha disminuido por sus lecturas prolongadas. Por lo demas, este hombre no tiene nombre, este hombre se llama el *improvisador*.

El improvisador es á arreglado por el reloj de la iglesia

de San Egidio. Todos los dias una hora antes de ponerse el sol, desemboca el improvisador por el ángulo del Castillo Nuevo á la strada del Moro, y avanza con paso grave, lento y mesurado, llevando en la mano un libro encuadernado en badana, con la cubierta usada y las hojas abarquilladas. Este libro es el *Orlando furioso del divino Ariosto*.

En Italia todo es *divino*: se dice el *divino* Dante, el *divino* Petrarca, el *divino* Ariosto y el *divino* Tasso. Cualquiera otro epíteto sería indigno de la magestad de esos grandes poetas.

El improvisador tiene su público. En cualquier cosa que ese público esté ocupado, sea que ria con los chistes de Polichinela, sea que llore con los sermones de un capuchino, ese público abandona todo para ir á oír al improvisador.

Así el improvisador es como los grandes capitanes de la antigüedad y de los tiempos modernos, que conocian á cada uno de sus soldados por su nombre. El improvisador conoce á toda su reunion; si le falta un oyente le busca con sus miradas con inquietud; y si es uno de sus *apasionati*, espera á que haya llegado para comenzar, ó vuelve á comenzar cuando llega.

El improvisador recuerda aquellos célebres oradores romanos que tenian constantemente tras de sí una flauta para que les diese el *ta*. Su palabra no tiene ni las variaciones del canto ni la sencillez del discurso. Es la modulación de la melopea (1). Empieza de un modo frio en un tono bajo y pesado; pero no tarda en animarse con la acción: Rolando provoca á Ferragus, su voz se eleva hasta adquirir el tono de la amenaza y del reto. Prepáranse los dos héroes; el improvisador imita sus gestos, desenvaina

(1) Género de declamacion de los antiguos, que era acompañada de la música.  
(N. del T.)

su espada, afianza su escudo. Su espada es el primer palo que encuentra á mano y que arrebató frecuentemente al que está junto á él; su escudo es su libro; porque de tal modo se posee su corazón de su divino *Orlando*, que mientras dure la lucha terrible no necesitará dirigir la vista al texto, el cual por otra parte prolongará él ó acortará según su fantasía, sin que choque absolutamente nada al genio metromaniaco de los oyentes: entonces es cuando el improvisador es digno de verse.

En efecto, el improvisador se convierte en actor; sea que elija el papel de Rolando ó el de Ferragus, cada uno dé los golpes que debe recibir ó dar, los da ó los recibe. Entonces se anima en su victoria, ó se exalta en su derrota. Vencedor, cae sobre su enemigo, le acusa, le persigue, le derriba, le degüella, le pisotea, levanta la cabeza y triunfa con la mirada. Vencido, acomete, retrocede, defiende el terreno palmo á palmo, asalta á la derecha, asalta á la izquierda, dá un salto atrás, invoca á Dios ó al diablo, según que es en aquel momento pagano ó cristiano, emplea todos los recursos del artificio, todas las astucias de la debilidad; en fin, lanzado por su adversario cae sobre una rodilla luchando aun, se tiende, se dobléga, rueda, y viendo al fin que aquella lucha es inútil, presenta la garganta para morir con gracia, como el gladiator galo, antigua tradición que el anfiteatro ha legado al muelle.

Si es vencedor, el improvisador toma su sombrero, como Belisario su casco, y reclama imperiosamente lo que le es debido. Si es vencido, se acerca á su fieltro, da la vuelta al corro y pide humildemente la limosna: tan impresionables son las naturalezas del Mediodía, y tanta es su facilidad en transformarse y convertirse en lo que desean ser.

Desgraciadamente como hemos dicho, el improvisador desaparece; nuestros padres le han visto, nosotros le he-

mos visto, nuestros hijos, si se dan prisa todavía le verán, pero de seguro nuestros nietos no le verán.

No sucede lo mismo con el escribiente público, su vecino. Muchos siglos pasarán todavía sin que todos sepan escribir; y sobre todo, en la fidelísima ciudad de Nápoles. Y aun el día que todos sepan escribir, ¿no quedará todavía el escrito anónimo, ese veneno que vende el escritor público haciéndose rogar, como el farmacéutico de Romeo y Julieta vendía el arsénico? Por mi parte, solo yo recibo bastantes cartas anónimas para mantener decorosamente su importe á un escritor público que tenga mujer é hijos.

El amanuense que puede anunciar delante de su puesto: *qui si scrive in francese*, está seguro de su fortuna. ¿Por qué? Averiguadlo, porque yo no lo sé. El idioma francés es el idioma de la diplomacia, es verdad, pero los diplomáticos no cambian sus notas por conducto de los escritores públicos.

Por lo demás, el escritor público napolitano trabaja al aire libre á la vista de todos. *coram populo*. ¿Es este un progreso ó un atraso en la civilización?

Es que el pueblo napolitano no tiene secretos; piensa en voz alta, riñe á gritos, se confiesa á voces. El que sabe el lenguaje del muelle y se pasea una hora al día por las iglesias, no tiene más que escuchar lo que se dice en el altar ó en el confesionario, y al fin de la semana estará iniciado en los más íntimos secretos de la vida napolitana.

¡Ah! olvidaba decir que el escritor público napolitano es caballero, ó al menos que se da este título.

En efecto, preguntad al escritor: siempre es un *galantuomo* que ha sufrido desgracias: duda de ello, y os enseñará como prueba un resto de levita de paño.

No se puede explicar la influencia del paño en el pueblo napolitano: es para él el sello de la aristocracia, el signo

15322

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

125 MONTERREY, MÉXICO

de la superioridad. Un *vestito di panno* puede permitirse á vista del *lazzaroni*, cosas que no aconsejaria intentar á un *vestito di telo*.

Sin embargo, el *vestito di telo* tiene aun una gran superioridad sobre el *lazzaroni*, el cual generalmente lleva un vestido atmosférico.

## III

## LA TUMBA DE VIRGILIO

Para alternar con nuestros paseos por Nápoles, resolvimos Jadin y yo hacer algunas escursiones en sus inmediaciones. Desde los balcones de nuestra fonda veíamos la tumba de Virgilio y la gruta de Pouzsoles. Mas allá de esta gruta, que Séneca llama una larga prision, estaba el mundo desconocido de los antiguos encantamientos; el Averno, el Aqueronte, la Estigia; y además, si se ha de creer á Propercio, Baia, la ciudad de perdicion, la ciudad lujuriosa, que conducia con mas seguridad y mas pronto que ninguna otra ciudad á los reinos sombríos é infernales.

Cogimos nuestro Virgilio, nuestro Suetonio y nuestro Tácito, montamos en el corricolo, y cuando el cochero nos preguntó á dónde debia conducirnos, le respondimos con

mucha tranquilidad : — A los infiernos. Nuestro cochero partió al galope.

La presunta tumba de Virgilio está situada á la entrada de la gruta de Pouzzoles.

Se sube á la tumba del poeta por un sendero cubierto de zarzas y espinos : es una ruina pintoresca coronada por una verde encina, cuyas raices la abrazan como las garras de una águila. Dicese que en otro tiempo, en el sitio que ocupa la encina, existía un gigantesco laurel que habia nacido allí espontáneamente. A la muerte de Dante murió el laurel ; Petrarca plantó otro, que vivió hasta la época de Sannazar. Por último, Casimiro Delavigne plantó el tercero, que no echó ni una rama... No tenia la culpa el autor de las *Messenianas* ; la tierra era ya estéril.

Se baja á la tumba por medio de una escalera medio destruida, entre cuyos escalones brotan gruesos tallos de mirtos ; llégase en seguida á la puerta Columbarium, se atraviesa el umbral, y ya se está en el santuario.

La urna que contenia las cenizas de Virgilio permaneció allí, segun se asegura, hasta el siglo xiv. Un dia se la llevaron á pretesto de ponerla en seguridad : desde aquel dia no ha vuelto á parecer.

Despues de breves instantes de exploracion interior, salió Jadin para hacer un boceto del monumento, y me dejó solo en la tumba. Dirigiéronse entonces mis miradas naturalmente al pasado, y procuré formarme una idea exacta de Virgilio, y de ese mundo antiguo en medio del cual vivia.

Virgilio nació en Andes, cerca de Mántua, el 15 de Octubre del año 70 antes de Jesucristo, es decir, cuando César tenia treinta años ; y murió en Brindis, en Calabria, el 22 de Setiembre del año 19, es decir, cuando Augusto tenia cuarenta y tres.

Conoció á Ciceron, Caton de Utica. Pompeyo, Bruto, Ca-

sio, Antonio y Lépido, y era amigo de Mecenas, de Salustio, de Cornelio Nepote, de Cátulo y de Horacio. Fué maestro de Propercio, Ovidio, y Tibulo, los cuales nacieron cuando él terminaba sus *Geórgicas*.

Presenció todo lo que pasó en aquel período, es decir, los mas grandes acontecimientos del mundo antiguo : la caída de Pompeyo, la muerte de César, el advenimiento de Octavio, el rompimiento del triunvirato ; habia visto á Caton desgarrándose sus entrañas, á Bruto arrojándose sobre su espada, habia visto á Farsalia, Filipos ; debia ver á Actio.

Muchos han comparado ese siglo á nuestro siglo xvii : nada se parece menos, sin embargo ; Augusto tenia mas de Luis Felipe que de Luis XIV. Luis XIV era un gran rey ; Augusto fué un gran politico.

Asi el siglo de Luis XIV no comprende realmente mas que la primera mitad de su vida. El siglo de Augusto comienza despues de Actio, y se estiende en toda la última parte de su existencia.

Luis XIV, despues de haber sido el señor del mundo, muere bafido por sus rivales, despreciado por sus cortesanos, maldecido por su pueblo, dejando á la Francia pobre, doliente y amenazada, y llegó á ser algo menos que un hombre, despues de haberse creído algo mas que un dios.

Augusto por el contrario, comienza por los disturbios anteriores, las proscripciones y las guerras civiles ; despues, muerto Lépido, Bruto y Antonio, cierra el templo de Jano que habia estado abierto sin interrupcion doscientos seis años, y murió casi á la edad de Luis XIV, es verdad, pero dejando á Roma rica, tranquila y feliz ; dejando el imperio mas grande que lo habia recibido de manos de César, no abandonando la tierra sino para subir al cielo, no cesando de ser hombre sin para pasar á ser dios.

Hay una gran distancia de Luis XIV descendiendo de Versailles á Saint-Denis en medio de los silbidos del populacho, á Augusto subiendo al Olimpo por la via Appia en medio de las aclamaciones de la multitud.

Conócese á Luis XIV en su desden para con su nobleza, en la altivez para con sus ministros, en el egoismo con sus queridas : dilapidador del tesoro de la Francia en fiestas de que es el héroe, en juegos de que es el vencedor, en espectáculos de que es el dios, siempre rey para su familia como para su pueblo, para sus prosáicos cortesanos como para sus aduladores poetas ; no concediendo una pensión á Corneille, sino porque Boileau habla de darle las suyas ; alejando de él á Racine porque tuvo la desgracia de pronunciar el nombre de su predecesor Scarron : complaciéndose de la herida de la duquesa de Borgoña, la cual en adelante hará con mas regularidad sus viajes á Marly ; silbando un aire de ópera junto al féretro de su hermano, y viendo pasar delante de él los cadáveres de sus tres hijos sin averiguar quien los ha envenenado, por temor de descubrir los verdaderos culpables en su querida ó en sus bastardos.

¿En qué se semeja á esto, pregunto yo, el estudiante que vá de Apollonia para recoger la herencia de César ?

¿Quereis ver á Octavio, ó Turino como entonces se le llamaba ? pues pasaremos á César, y de César á Augusto, y vereis si ese triple y sin embargo único personaje, tiene un solo rasgo del amante de la señorita de La Valiere, del de la señora de Montespan, y del de la señora de Maintenon, que tambien es un solo y único personaje.

César acaba de caer del Capitolio ; Bruto y Casio han sido espulsados de Roma por el pueblo, que la víspera los habian llevado en triunfo ; Antonio ha leído el testa-

mento de César que intitula á Octavio su heredero. El mundo entero espera á Octavio.

Entonces es cuando Roma ve entrar en su ciudad á un jóven de veinte y un años escasos, nacido bajo el consulado de Ciceron y de Antonio, el 22 de Setiembre del año 689 de la fundacion de Roma, es decir, sesenta y dos años antes de Jesucristo, que nacerá en su reinado.

Octavio no presentaba ninguna de esas señales exteriores del hombre reservado para grandes hechos ; era un jóven que todavía lo parecia mas por su corta estatura ; porque segun el liberto Julio Marato, por mas que procuraba aparentar mas estatura por medio de las gruesas suelas de sus sandalias. Octavio no tegia mas que cinco piés y dos pulgadas. Verdad es que esta era la estatura que habia tenido Alejandro y que debia tener Napoleon. Pero Octavio no poseia ni la fuerza física del vencedor Bucéfalo ni la mirada de águila del héroe de Austerlitz ; tenia por el contrario la tez pálida, cabellos rubios y rizados, ojos claros y brillantes, las cejas unidas, la nariz saliente por arriba y afilada por abajo los labios delgados, los dientes separados, pequeños y ásperos, y la fisonomía tan dulce y encantadora, que llegará un dia en que al pasar los Alpes, la espresion de esa fisonomía contendrá á un galo que habia formado el proyecto de arrojarle á un precipicio. En cuanto á su apostura, es de las mas sencillas : en medio de esa juventud romana que se acidala, que se pone lunares, que usa una pronunciacion afectada, que se contornea, entre aquellas bellezas, aquellos modelos de elegancia de la época, que se distingue por su cabellera perfumada con esencias, dividida por una raya, y que la tenacilla del peluquero riza dos veces al dia en largos bucles á cada lado de su cabeza ; en sus barbas afeitadas con esmero, de modo que no deje á los unos mas que bigotes, á los otros barba corrida ; en sus túnicas tras-

parentes ó purpurinas, cuyas desmesuradas mangas cubrían completamente sus manos si no tuviesen cuidado de levantarlas para que esas mangas al volverse dejen ver sus torneados brazos y sus dedos cubiertos de sortijas. Octavio se hace notar por su toga de lienzo, su laticlavia de lana, y por el simple anillo que lleva en el dedo pulgar de la mano izquierda, y cuyo engaste representa una esfinge. Así toda aquella juventud que no comprende la escentricidad del heredero de César que le da un aire plebeyo, niega que sea como se asegura de sangre aristocrática. Octavio era un simple repartidor de tribu, ó á lo mas un rico banquero. Otros van mas allá, y aseguran que su abuelo era molinero, y que lleva aquella sencilla toga blanca únicamente para que no se vean en ella las señales de la harina: *Materna tibi farina*, dice Suetonio; y Suetonio, como todo el mundo sabe, es el Tallemant des Reaux de la época.

Y sin embargo, los dioses han predicho grandes cosas, en lugar de cantarlas, de hacerse un título de ellas, si no para el amor, al menos para la superstición de sus conciudadanos, las encierra en sí mismo y las guarda en el santuario de sus esperanzas. Diversos presagios han acompañado y seguido á su nacimiento, y Octavio cree en los presagios, en los sueños y en los augurios. En otro tiempo, los muros de Velletri fueron heridos por el rayo, y un oráculo ha predicho que un ciudadano de aquella población daría un día leyes al mundo. Otro rumor además se ha esparcido, el cual consignaron mas tarde Asclepiades y Mendes en su libro sobre las cosas divinas: Atia, madre de Octavio, estando dormida en el templo de Apolo, fué despertada como por abrazos, y vió con espanto que una serpiente se había deslizado por su pecho y la envolvía en sus anillos; diez meses despues dió á luz una criatura. No es esto todo: el día de su alumbramiento, su marido, detenido en casa por aquel suceso, habiendo diferido ir

al senado, donde se ocupaban de la conjuración de Catilina, y esplicando al presentarse en él la causa de su retraso, Publio Nigidio, aunque muy afamado por la veracidad de sus predicciones, hizo le dijese la hora exacta del nacimiento de Octavio, y declaró, que si su ciencia no le engañaba, el dueño del mundo prometido por el antiguo oráculo de Velletri, acababa al fin de nacer.

Hé ahí las señales que habian precedido al nacimiento de Octavio. Hé aqui las que le habian seguido:

Un día que el niño predestinado, de edad de cuatro años corria en un bosque, se lanzó un águila de la cima de una roca donde habia posado, y le arrebató el pan que tenia en la mano, remontándose en seguida hácia el cielo, volviendo un instante despues llevando al jóven Octavio el pan completamente mojado en agua de las nubes.

En fin, dos años despues, Ciceron acompañando á César al Capitolio, referia conforme iba andando á uno de sus amigos, que habia visto en sueños la noche anterior á un niño de límpida mirada, de dulce fisonomía y cabellos rizados, el cual descendía del cielo por medio de una cadena de oro, y se detenía á la puerta del Capitolio, donde Júpiter le armaba con un rayo. En el momento en que referia este sueño, vió el jóven Octavio, y exclamó que aquel era el mismo niño que habia visto la noche precedente.

Como se ve, habia en todo eso mas promesas que las necesarias para trastornar la cabeza á un jóven; pero Octavio era de esos hombres que jamás han sido jóvenes, y á quienes jamás se les trastorna el juicio. Era una imaginación tranquila, reflexiva, astuta, incomprensible y hábil que no se dejaba arrastrar por los primeros impulsos de su cabeza ó de su corazón, sino que los sometía siempre al análisis de su interés y á los cálculos de su ambición. De ninguno de los partidos que se habian sucedido hacia cinco años desde que habia vestido la toga viril

había adoptado el color; lo que le constituía en una excelente posición, puesto que cualquiera que fuese el partido que adoptase, no tenía que romper su porvenir con su pasado. Mas dichoso, pues, que Enrique IV en 1593 y que Luis Felipe en 1830, no había contraído compromisos, y se encontraba haciendo abstracción de la gloria pasada, lo cual era una ventaja mas en su favor, casi en la misma situación en que se encontraba Bonaparte el 18 de brumario.

Como entonces había dos partidos, pero dos partidos que aunque llevaban los mismos nombres, no tenían ninguna analogía con los que existían en Francia en 99; porque en aquella época, el partido republicano, representado por Bruto, era el partido aristocrático; y el partido realista, representado por Antonio era el partido popular.

Entre aquellos dos hombres era, pues, preciso que Octavio apareciese creando un tercer partido, ó sirviéndonos de una frase moderna, un partido del justo medio.

Digamos una palabra acerca de Bruto y Antonio.

Bruto tiene treinta y tres ó treinta y cuatro años; es de una estatura ordinaria, lleva los cabellos cortos, la barba cortada á la longitud de media pulgada, su mirada es tranquila y orgullosa, y en su frente ha surcado su pensamiento un solo repliegue, al menos así es como le representan las medallas que ha hecho acuñar en Grecia con el título de *imperator*; ¿lo oís? *Brutus imperator*, es decir, Bruto, general. No tomeis jamás la palabra *imperator* sino en esa acepción, y no en la que la han dado despues Carlo-Magno y Napoleon.

Prosigamos.

Desciende, por su padre, de aquel Junio Bruto que condenó á muerte á sus dos hijos, y cuya estatua está en el Capitolio en medio de las de los reyes á quienes ha lanzado del trono; y por su madre, de aquel Servilio Ahala, que

siendo general de la caballería bajo el mando de Quinto Cincinnato, mató con su propia mano á Spurio Melio, que aspiraba al reino. Su padre, marido de Servilia, fué muerto por órden de Pompeyo durante las guerras civiles entre Mario y Sila; y él mismo es sobrino de aquel Catón que se desgarró las entrañas en Utica. Un rumor popular le hace hijo de César, que había seducido á su madre con una perla que valía seis millones de sextercios; es decir mil doscientos francos próximamente. Pero tantas conquistas se le acumulan á César, que es preciso no creer todo lo que de él se dice. Siendo jóven, Bruto ha estudiado la filosofía en Grecia; pertenece á la secta platónica, y ha sacado de Atenas y Corinto esas ideas de libertad aristocrática que formaban la base del gobierno de las pequeñas repúblicas griegas. Oficial del ejército en Macedonia bajo las órdenes de Pompeyo, se hace notar en Farsalia por su gran valor. Gobernador en las Galias por César, se hace notable en la provincia por su severa probidad. Es uno de esos hombres que no obran jamás sin convicción, pero desde que tienen una, obran siempre; es una de esas almas profundas y retraídas en donde encuentran un tabernáculo los dioses que se alejan de la sociedad; es uno de esos corazones cubiertos de una triple coraza, como dice Horacio, que tienen á la muerte por amiga, y que la ven llegar sonriendo. Vuelta incesantemente la vista hácia las virtudes de las edades antiguas, no ve los vicios de la edad presente; cree que el pueblo continúa siendo un pueblo compuesto de hombres laboriosos; cree que el senado continúa siendo una asamblea de reyes. Su única falta es haber nacido despues del brutal Mario, el galante Sila y el voluptuoso César, en lugar de nacer en los tiempos de Cincinnato, de los Gracos ó de los primeros Scipiones. Ha sido fundido todo en bronce en una época en que las estatuas son de barro y oro. Cuando semejante hombre comete un crimen, es á su siglo á quien se debe acusar, y no á él.



Por lo demas, Bruto acaba de cometer una gran falta; ha abandonado á Roma, olvidando que sobre el mismo terreno donde se comenzó una revolucion, es preciso llevarla á cabo.

Antonio es el contraste mas completo que el cielo ha podido poner en oposicion con la figura tranquila, fria y severa que acabamos de dibujar.

Antonio tiene cuarenta y seis años, su estatura es elevada, sus miembros musculosos, su barba espesa, su frente ancha, su nariz aguileña. Pretende descender de Hércules; y como es el mas hábil caballero, el mas fuerte discópolo (1), el mas rudo luchador que hubo desde Pompeyo, nadie le niega esa genealogía, por mas fabulosa que á algunos parezca. Niño, su mucha belleza ha llamado la atencion de Curion, y ha pasado con él los primeros años de su adolescencia en el desórden y la orgía. Antes de vestir la toga viril, es decir, á los diez y seis años próximamente, ya habia contraido deudas por valor de millon y medio; pero lo que se le atribuye sobre todo, es el cinismo de su intemperancia. Al dia siguiente de las bodas del bufon Hípias, se presentó en la asamblea pública tan lleno de vino, que se ve obligado á detenerse en la esquina de una calle y vomitarlo á la vista de todos, por mas que el bufon Sergio, con quien vive en un comercio infame, y que segun dicen tiene sobre él grande influencia, procurase estender su manto entre él y los transeuntes. Despues de Sergio, su sociedad mas habitual es la cortesana Cyteris, á quien lleva por todas partes en una litera, y á quien da un acompañamiento tan numeroso como el de su propia madre. Cada vez que va al ejército, lo hace con acompañamiento de histriones y flautistas. Cuando se detiene hace levantar sus tiendas á orilla de los rios ó á la sombra de los bosques. Si atraviesa una ciudad, es en un carro

(1) Atleta que se ejercitaba en el juego del disco. (N. del T.)

tirado por des leones que guia con riendas de oro. En tiempo de paz lleva una túnica estrecha y un manto grosero. En tiempo de guerra, va cubierto de ricas armas que ha podido procurarse para atraer hácia sí los mas rudos golpes y los enemigos mas bravos. Porque Antonio, con la fuerza física ha recibido el valor brutal; lo cual hace que sea un dios para el soldado y un idolo para el pueblo. Por lo demas, orador hábil en el estilo asiático, con un solo discurso ha espulsado de Roma á Bruto y Casio. Fastuoso y lleno de inconstancia, pretende ser el hijo de un dios, y descendiendo á las veces al nivel del animal, Antonio cree imitar á César remedándole en la guerra y en la tribuna. Pero entre Antonio y César hay un abismo: Antonio no tiene mas que faltas, César tenia vicios; Antonio no tiene mas que cualidades, César tenia virtudes; Antonio es la prosa, César es la poesía.

Pero por el momento, tal como es, Antonio reina en Roma, porque hay reaccion á favor de César, y Antonio representa á César: él es el continuador del vencedor de las Galias y del Egipto. Vende los cargos, los empleos, hasta los tronos: por veinte mil francos, lo que á la verdad no es muy caro, acaba de dar un diploma de rey de Asia, porque Antonio tiene sin cesar necesidad de dinero. Sin embargo, aun no hace quince dias que ha obligado á la viuda de César á entregarle los veinte y dos millones que habia dejado su marido; verdad es que desde los idus de Marzo al mes de Abril, ha pagado Antonio deudas por valor de ocho millones; pero como se asegura que ha saqueado el tesoro público, el cual, segun Ciceron, contenia setecientos millones de sextercios, es decir, ciento cuarenta millones de francos próximamente, por muy gastador que sea Antonio, como no ha pagado ninguno de los legados de César, aun debe quedarle un centenar de millones, y un hombre del carácter de Antonio, y que cuenta con cien millones, es un hombre temible.

A propósito, nos olvidábamos de una cosa : Antonio era marido de Fulvia.

He ahí, pues, contra, quien debía luchar primero Octavio.

Comprendió éste que el senado votando gracias á Antonio, detestaba tanto mas á aquel grosero señor, cuanto mas cobardemente le obedecía. Octavio se deslizó suavemente en el senado, apellidó á Ciceron su padre, pidió humildemente y obtuvo sin oposicion elevar el gran nombre de César, única porcion de su herencia á que, segun decia, habia aspirado siempre; pagó sin ruido y con su propia fortuna, los legados que César habia dejado á los veteranos, y que Antonio les retenia; representó el papel de ciudadano puro, de patriota desinteresado; rehusó los fasces que le ofrecian, y propuso sin hacerse notar, para honrar á Antonio y darle la ocasion de acabar lo que tan bien habia comenzado, enviarle á espulsar á Decio Bruto de la Galia Cisalpina. Antonio, gozoso de librarse de las enérgicas reclamaciones de los herederos de César, parte prometiendo llevar á Decio Bruto atado de piés y manos: apenas ha partido, el senado respira. Entonces ve Octavio que ha llegado el momento: declara que cree á Antonio enemigo de la república, pone á disposicion del senado un ejército, que ha comprado, sin que nadie dude de ello, con su propio peculio. Entonces el senado entero se levanta contra Antonio. Ciceron abraza á Octavio y propone nombrarle gefe de aquel ejército; y como esta proposicion causa alguna admiracion, *Ornandum tollendum*, dijo dirigiéndose hácia las cabezas encanecidas del senado. Juego de palabras que entiende Octavio, y que, costará la vida al que le emplea. Pero Octavio rehusa; es débil de cuerpo, ignorante en materia de guerra; quiere dos colegas para no tener ninguna responsabilidad; y á petición suya, un decreto del senado nombra sus adjuntos á los cónsules Hirtius y Pansa.

Antonio ha sido enviado para combatir Decio Bruto; Octavio es enviado para defender á Decio Bruto contra Antonio.

Era este un consejo de abogado: tambien venia de Ciceron. Así se perdian á la vez Octavio y Antonio: Antonio poniendo de manifiesto todas sus infamias; Octavio enviándole al socorro de uno de los asesinos de su padre.

Pero paciencia; Octavio no se llama ya Octavio: un decreto del senado le autoriza á llamarse César.

Dejemos, pues, á un lado al niño; ved ahí el hombre que empieza.

Los dos ejércitos se encuentran: Antonio es vencido: los dos cónsules Hirtius y Pansa son muertos en la pelea, no se sabe por quién; mas como una herida leve podria no ser mortal, y es preciso que mueran, los dos han sido heridos con espadas envenenadas. Solo César está sano y salvo: César está demasiado doliente para batirse; César ha quedado en su tienda mientras se batian. Por lo demas, eso mismo hará en Filipos y en Actio: mientras se ganan todas las victorias que consiga, dormirá ó estará enfermo.

No importa: Antonio huye, los cónsules han muerto, y César está á la cabeza de un ejército.

Entretanto Ciceron reina á su vez en Roma: sucede á Antonio, como Antonio ha sucedido á César. El senado tiene necesidad de ser gobernado: poco le importa serlo por un gran politico, por un soldado grosero, ó por un hábil abogado.

El senado cree que ha llegado el momento de poner en práctica el equívoco de Ciceron: ya no hay necesidad de aquel niño. Así es como el senado trata ahora á Octavio, y le niega el consulado.

Pero como hemos dicho, el niño se hace hombre; Octavio se ha convertido en César. Esperad.

En el momento en que Antonio atraviesa los Alpes huyendo, y en que Lépido, que manda en la Galia, acude á

él, llega un enviado de César, que le ofrece á Antonio en su nombre su amistad. Antonio acepta, reservando los derechos de Lépido.

El lugar señalado para la conferencia, fué una isleta del Reno, situada cerca de Bolonia, como mas tarde hicieron en Tilsitt Napoleon y Alejandro. Llegan allí ambos; César por la ribera derecha, Antonio por la ribera izquierda. A cada extremo del puente quedaron trescientos hombres de escolta. Lépido habia visitado de antemano la isla. Napoleon y Alejandro se abrazaron al reunirse; Antonio y César no hicieron lo mismo. Antonio registró á César, César registró á Antonio, temiendo ambos que su contrario tuviese un arma oculta. No hubieran podido hacerlo mejor Roberto Macaire y Bertrand.

Debió ser una escena terrible la que pasó entre aquellos tres hombres, cuando despues de haberse repartido el mundo, reclamó cada uno el derecho de hacer perecer á sus enemigos. Los tres cedieron de su parte: Lépido la cabeza de su hermano, Antonio la de su sobrino. César rehusó ó fingió rehusar durante tres dias la de Ciceron; pero Antonio se mantenía firme; Antonio amenazaba con un rompimiento completo si no se le concedía. Antonio brutal y tenaz, era capaz de hacerlo como decia: César no quiso indisponerse por tan poco; quedó resuelta la muerte de Ciceron. Yo intentaría describir esa escena si Shakespeare no la hubiese escrito.

Tres dias se pasaron, durante los cuales se conferenció de ese modo. Al cabo de tres dias la lista de los proscritos ascendía á dos mil trescientos nombres: trescientos nombres de senadores, dos mil de caballeros.

Entonces se redactó una arenga. Apiano nos ha dejado esta arenga traducida en griego. Todos esos preparativos hostiles, decian los triumviros, eran dirigidos contra Bruto y Casio; solo que los tres nuevos aliados, marchan-

do contra los asesinos de César, no querian, decian, dejar enemigos tras de sí.

Luego se pensó en unir todavía mas á Antonio y César por una alianza matrimonial. Los matrimonios han sido en todos tiempos la gran sancion de los convenios políticos. Luis XIV casó con una infanta de España; Napoleon con María Luisa; César con una hijastra de Antonio, prometida á otro. Mas tarde Antonio se casará con una hermana de Augusto; verdad es que ese doble matrimonio no impedirá la batalla de Actio.

Entretanto, el rumor de la reunion de César, de Antonio y Lépido se difunde por toda Italia: Roma se conmueve, el senado tiembla; Ciceron pronuncia discursos que el senado aplaude, pero que no le tranquiliza. Los unos proponen defenderse, los otros huir; Ciceron continúa hablando sobre las eventualidades de la fuga y las de la defensa, pero no se decide ni á huir ni á defenderse, en este tiempo, los triumviros entran en Roma.

Ved á Plutarco, *In Cicerone*.

Ciceron murió mejor que hubiera debido esperarse de un hombre que habia pasado su vida ejerciendo la abogacia. Vió que no podia ganar el bagel en que esperaba embarcarse; hizo detener su litera, prohibió á sus esclavos le defendiesen, sacó la cabeza por la portezuela, estendió su garganta y recibió el golpe mortal.

Antonio habia pedido su cabeza para su mujer; llevaronle pues aquella cabeza á Fulvia. Fulvia desprendió de sus cabellos un alfiler y picó con él la lengua. Luego clavaron aquella cabeza por encima de sus dos manos, en la tribuna de las arengas.

Al dia siguiente llevaron otra cabeza á Antonio. Antonio la tomó; pero por mas que la miró por todos lados no la reconoció. — Esto no me corresponde, dijo, llevad esta cabeza á mi mujer. En efecto, era la cabeza de un hom-

bre que se había negado á vender su casa á Fulvia. Fulvia hizo clavar la cabeza á la puerta de la casa.

Durante ocho dias duró el degüello en las calles, y la sangre corrió en arroyos por Roma. Veleyo Patéculo escribió á este propósito cuatro líneas que pintan de un modo horroroso aquella época terrible: « Hubo, dice, mucha abnegacion en las mujeres, bastante en los libertos, algo en los esclavos, pero nada en los hijos. » En seguida añade con esa sencillez de la antigüedad que hace estremecer: « Verdad es que la esperanza de heredar que todos concebían, hacia insoportable el esperar. »

Al sétimo ú octavo dia de esa matanza, fué cuando Mecenas, viendo á César apegado á su silla de perseguidor, le hizo entregar una hoja de sus tablillas con estas dos palabras escritas de lápiz: « Levántate, verdugo. »

César se levantó, porque no obraba por odio ni encarnizamiento; proscribía porque creía útil proscribir. Cuando recibió las dos palabras de Mecenas, hizo una señal con la cabeza y se levantó. Mecenas se honró con la clemencia de César. Mecenas se engañaba: César se formaba su cálculo, y el impasible aritmético no pedía ya mas.

Volvamos los ojos hácia Bruto y Casio, y veamos lo que hacen.

Bruto y Casio están en Asia, donde exigen de una vez el tributo de diez años; Bruto y Casio están en Tarses, que oprimen con una contribucion de mil quinientos talentos; Bruto y Casio están en Rodas, donde hacen degollar cincuenta de los principales ciudadanos, porque se niegan á pagar una contribucion imposible. Es que necesitan millones Bruto y Casio para sostener el impopular partido que han adoptado, y para tener bajo sus águilas republicanas las veteranas legiones realistas de César.

De modo que los gritos de los pueblos que arruina son para Bruto un remordimiento incesante. Ese remordimiento es el mal genio que aparece en sus sueños; es el

espectro que ha visto en Xanto y que volverá á ver en Filipos.

Leed en Plutarco ó en Shakespeare, donde os plazca, las últimas conversaciones de Bruto y Casio. Ved á esos dos hombres separarse una noche apretándose una mano con grave sonrisa, y diciéndose que vencedores ó vencidos, no tienen por que temer á sus enemigos. Es que César y Antonio están allí. Es que aquella es la víspera de la batalla de Filipos. Es que el espectro que persigue á Bruto ha reaparecido ó va á reaparecer.

En efecto, al dia siguiente á la misma hora, Casio habia muerto, y dos dias despues se le habia reunido Bruto. Un esclavo, á quien se hizo liberto por este último servicio, habia dado muerte á Casio: Bruto se habia arrojado sobre la espada que le tendia el retórico Straton.

Causa admiracion esa muerte tan pronta de Bruto y Casio, y se olvida que los dos habian apresurado su fin.

Los dos triunviros habian sido fieles á su carácter. Decimos los dos triunviros, porque ya no se trata de Lépido. Antonio habia combatido como un simple soldado. Cesar, enfermo, habia permanecido en su litera, diciendo que un dios le habia advertido en su ños velase sobre él.

Terminado el combate, descartado Lépido, era preciso volver á hacer la particion del mundo. Antonio tomó para sí el inagotable Oriente; César se contentó con el Occidente agotado.

Los dos vencedores se separan: el uno para ir á apurar todas las delicias de la vida con Cleopatra: el otro para volver á Roma á luchar contra el senado, que al fin comienza á comprenderle; contra ciento setenta mil veteranos de los que cada uno reclama un terreno y veinte mil sextercios que le ha prometido, contra el pueblo en fin, que pide pan, reducido al hambre por Sexto Pompeyo que domina el mar de Sicilia.

Dejad pasar ocho años, y los veteranos estarán pagados,

ó al menos creerán estarlo, y Sexto Pompeyo será destruido y se verá fugitivo, y los graneros públicos rebosarán de harina y de trigo.

¿Cómo había verificado César todo eso? echando la responsabilidad de las proscriciones sobre Antonio y Lépido; negándose á recibir los triunfos que le habían ofrecido, y fingiendo llenar las funciones de un simple prefecto; hablando siempre á nombre de la república, por la que obra, y que va incesantemente á restablecer; en fin, según el deseo de los soldados, dando su hermana Octavia como esposa á Antonio: Fulvia había muerto en un acceso de cólera.

Por lo demas era Antonio un terrible galanteador y en todo tenia que probar que descendia de Hércules: se había casado con Fulvia, acababa de casarse con Octavia; iba á casarse con Minerva; en fin, debía terminar por casarse con Cleopatra.

Este último matrimonio provocó un rompimiento; hacia largo tiempo que César aguardaba una ocasion para desembarazarse de su rival; esta ocasion acababa de proporcionársela Antonio. Cleopatra había tenido de César, ó de Sexto Pompeyo, no se sabe á punto fijo de cual de los dos, un hijo llamado Cesarion. Antonio, al casarse con Cleopatra, había reconocido á Cesarion como hijo de César, y le había prometido la sucesion de su padre, es decir, la Italia, mientras que distribuía á los otros hijos de Cleopatra, Alejandro y Ptolomeo, á Alejandro la Armenia y el reino de los Partos, que á la verdad todavía no se había conquistado, y á Ptolomeo, la Fenicia, y Siria y la Cilicia.

Roma y Octavio pedian, pues, á un tiempo venganza contra Antonio. La causa de César se convertía en causa pública; así jamás se emprendió guerra mas popular.

Por otra parte todos los que llegaban de Oriente referían cosas estrañas. Despues de haberse hecho sátrapa,

Antonio se hacia dios. Se llama á Cleopatra *Isis*, y á Antonio *Osiris*. Antonio prometía á Cleopatra hacer de Alejandria la capital del mundo cuando hubiera conquistado el Occidente; entretanto hacia grabar la cifra de Cleopatra en el escudo de sus soldados, y hacia un llamamiento á sus dioses egipcios contra los dioses del Tiber:

Omnigenumque Deum monstra et Iatrator Anubis  
Contra Neptunnum et Venerum contraque Minervam.

Dice Virgilio que no había incluido á Minerva solo por el metro, sino tambien como temiendo que venga su propia injuria. Minerva era, como se recordará, una de las cuatro mujeres de Antonio; se había casado con ella en Atenas, y había obligado á los atenienses á que le pagasen mil talentos para su dote, es decir, seis millones de francos.

¿No es cierto que era aquella una estraña sociedad? pero no os admireis, vereis otras cosas muy estrañas en tiempo de Neron.

Era la tercera vez, en un cuarto de siglo, que el Oriente y el Occidente iban á encontrarse en Grecia y á arrojar un nuevo título de victoria y de desastre en aquella eterna serie de acciones y reacciones que duraba desde la guerra de Troya.

Reinaba un profundo terror en Roma: Roma no tenia mucha confianza en César como general, sabia por el contrario de lo que era capaz Antonio una vez armado: ademas Antonio llevaba consigo cien mil hombres de á pié, doce mil caballos, quinientos navios, cuatro reyes y una reina.

Todavía se contaban ciento veinte á ciento treinta mil judios, árabes, persas, egipcios, medos, tracios y paflagones que marchaban á la retaguardia del ejército; pero con esos no contaba, no eran soldados romanos.

César tenía próximamente cien mil hombres y doscientos bageles. No reunía, pues, entre navios y soldados la mitad de la fuerza de su adversario.

La fortuna estaba por Octavio; ó mas bien el destino cambia aquí de nombre y se convierte en la Providencia: era preciso reunir el Occidente y el Oriente bajo una mano poderosa que obligase al mundo á hablar un solo idioma á obedecer una sola ley, á fin de que al nacer Jesucristo (Jesucristo iba á nacer) encontrase al universo preparado á escuchar su palabra. Dios dió la victoria á César.

Sabidos son todos los detalles de aquella gran batalla; como Cleopatra, la diosa del materialismo oriental, huyó de repente con sesenta bageles aunque ningun peligro la amenazaba: como Antonio la siguió abandonando su ejército; como se volvieron á Egipto para morir ambos: Antonio se mata arrojándose sobre su espada; Cleopatra no se sabe con certeza de qué modo: Plutarco cree que haciéndose morder por un áspid.

En esta ocasion no habia medio de librarse del triunfo: por fuerza ó por voluntad era preciso que César dejase obrar. El senado se presentó en corporacion ante él á las puertas de Roma; pero fiel á su sistema, no aceptó César mas que una parte de lo que el senado le ofrecia: á creerle el único precio que pedia por su victoria, era que se le desembarazase del peso del gobierno. El senado se arrojó á sus piés para obtener de él que renunciase á aquella funesta resolucion; pero todo lo que se pudo conseguir fué que César permaneceria todavia durante diez meses encargado de poner en órden los negocios de la república. Verdad es que se mostró César menos tenaz en cuanto á admitir el título de Augusto que el senado le ofreció, y que aceptó sin hacerse mucho de rogar.

Augusto tenía treinta años. En el espacio de nueve que habian trascurrido desde que sucedió á César, habia an-

dato como se ve mucho camino, ó mas bien le habia hecho andar á la república.

Verdad es que estaban muy cansados en Roma de las guerras intestinas, de las proscripciones civiles y de las matanzas de los partidos. Desde Mario y Sila, hacia cerca de sesenta años, no se ejecutaba otra cosa en Roma mas que matar ó ser muerto, tanto que desde un cuarto de siglo era preciso buscar con mucho cuidado y atencion para hallar un general, un cónsul, un tribuno, un senador, un personaje notable en fin, que hubiese muerto tranquilamente en su cama.

Habia mas, y es que el mundo estaba arruinado. Se sufren las matanzas, la cruz, el patibulo; no se sufre la miseria. Los caballeros tenían puestos distinguidos en el teatro, pero no se atrevian á ir á ocupar sus puestos por temor de ser arrestados por sus acreedores; tenían catorce bancos en el Circo y sus catorce bancos estaban desiertos. Las provincias declaraban que no podian pagar el impuesto: el pueblo no tenia pan. Desde el Océano Atlántico hasta el Eufrates, desde el estrecho de Cádiz al Danubio, ciento treinta millones de almas pedian limosna á Augusto.

¿Quién, pues, en semejantes circunstancias hubiera tenido siquiera la idea de oponerse al vencedor de Antonio, que era el único rico y el solo que podia enriquecer á los demas?

Augusto hizo tres partes de sus inmensas riquezas, que habia cuadruplicado con el tesoro de los Ptolomeos: la primera para los dioses, la segunda para la aristocracia, la tercera para el pueblo.

Júpiter Capitolino obtuvo diez y seis mil libras de oro; trece mil mas que le habia quitado César; y ademas diez millones de nuestra moneda actual en piedras y alhajas.

Tocáronle á Apolo seis tripodes de plata fundidas de nuevo, y cuyo metal era de las propias estátuas de Augusto. En fin, como las ciudades enviaban de todas las provin-

cias coronas de oro al vencedor, el vencedor las repartió entre los demas dioses.

Los dioses quedaron contentos.

Augusto se ocupó entonces de la aristocracia.

Los legados de César se pagaron por completo. Todo el que tenia un nombre, ó se habia hecho uno, recibió socorros; la aristocracia entera se hizo pensionista de Augusto.

La aristocracia quedó satisfecha.

Faltaba el pueblo.

Los predecesores de Augusto le habian dado espectáculos, Augusto le dió pan. Llegó el trigo en abundantes cargamentos del mar Negro, de Egipto y Sicilia; en menos de tres meses se esparció un bienestar sensible hasta en las últimas clases de la poblacion.

El pueblo gritó: ¡viva Augusto!

Entonces, como le quedaban todavia cerca de dos mil millones, lanzó á la circulacion esa enorme masa de metálico: el interés estaba á 12 por 100, bajó al 4; las tierras estaban despreciadas, triplicaron y cuadruplicaron de valor.

En seguida se volvió á su casita del Monte Palatino, casa toda de piedra, pero sin mármoles, sin pinturas, sin pavimentos de mosaico; casa que habitaba en estio como en invierno, y que no encerraba mas que una cosa de valor, la pequeña estátua de oro de la Fortuna del imperio.

Verdad es que habiéndose quemado esa casa diez y ocho años despues, es decir, hácia el año 748 de Roma, Augusto la reedificó haciéndola mas cómoda, mas elegante y mas bonita.

Allí fué donde Augusto vivió todavia cuarenta y seis años, suplicando sin cesar al pueblo le retirase la pesada carga del gobierno, y sin cesar obligado por él á aceptar nuevos honores, habiendo dicho que no era mas que un simple ciudadano como los demas; incomodándose cuando se le llamaba señor, repitiendo que sus nombres eran Cayo

Julio César Octaviano, y que no queria ser llamado con ningun otro nombre, le fué preciso resignarse á ser príncipe, gran pontifice, cónsul y regulador de las costumbres con carácter de perpetuidad. Quisieron nombrarle tribuno, pero él habia hecho observar que en su cualidad de patricio no podia aceptar aquel cargo. Entonces en vez del tribunado, recibió el poder tribunicio. A la verdad bien podia ser aquello un juego de palabras, pero Augusto tenia algo de abogado, y probablemente por eso ilegó Salustio á ser tan amigo suyo.

De este modo todo el mundo estaba contento en Roma. Los cesarianos tenian un rey, ó al menos una cosa que hacia sus veces. Los republicanos oian hablar sin cesar de la república, y ademas el S. P. Q. R. estaba en todas partes, en las águilas, en los fascas, en la misma casa del príncipe. En fin, los poetas, los pintores, los artistas tenian á Mecenas, á quien Augusto habia trasmitido sus plenos poderes, y que se encargaba de asegurarle aquella *aurea mediocritas* tan alabada por Horacio.

En medio de todos esos honores, Augusto permanecia siempre el mismo: trabajando seis horas al dia, comiendo pan moreno, higos y peces; jugando á las nueces con los mozalvetes de Roma, y yendo vestido con telas hiladas por su mujer ó por sus hijas, á ser testigo de un veterano soldado de Actio.

Hemos dicho que su casa del Monte Palatino se quemó hácia el año 748. Apenas se supo aquel accidente, los veteranos, las decurias, las tribus, reunieron por suscripcion una suma considerable, porque querian que aquella casa, reedificada á espensas del público, atestiguase el amor general al emperador. Augusto hizo acudir unos despues de otros á todos los suscritores, y por no decir que no admitia su ofrenda, tomó de cada uno de ellos un dinero.

En seguida, despues de tocar el turno sucesivamente á los dioses, á la aristocracia, al pueblo, al tesoro, llególe su

vez á Roma. La ciudad republicana era sucia, estrecha y sombría. El *Forum antiquum* era ya muy pequeño para la poblacion siempre creciente de la reina del mundo; el forum de César se llenaba los días festivos; Augusto hizo edificar un tercer forum entre el Capitolino y Viminal, un templo á Júpiter Tonante en el Capitolio, un templo á Apolo en el Palatino, el teatro de Marcelo en el campo de Marte; en fin, los pórticos de Livia y de Octavia, y la basilica de Lucio y de Cayo. No es eso todo; al mismo tiempo que los obeliscos egipcios se elevaban sobre las plazas, que magníficos caminos partiendo de la *meta sudans* se dirigian á todas partes del mundo como los rayos de una estrella, que sesenta y siete leguas de acueductos y canales llevaban diariamente á Roma dos millones trescientos diez y nueve mil metros cúbicos de agua, que Agrippa al construir su panteon distribuía en quinientas fuentes, en ciento setenta recipientes, y en ciento treinta juegos de agua, Balbo edificaba un teatro, Filipo museos, y Pollion un santuario á la Libertad.

Así al presidir aquellos inmensos trabajos, Augusto sentía uno de esos movimientos de orgullo que rara vez se permitía en público.

— Ved esa Roma, decia, la encontré de ladrillo, y la vuelvo de mármol.

Augusto gozó una de esas prolongadas existencias que el cielo reserva á los fundadores de monarquía. Tenía setenta y seis años cuando un día que navegaba entre las islas arrojadas en medio del golfo de Nápoles como canastillos de flores y verdura, fué acometido de un dolor bastante fuerte que le hizo desear detenerse en el puerto mas próximo. Sin embargo, tuvo tiempo para llegar hasta Nola; allí se sintió tan malo, que tuvo que meterse en la cama. Pero lejos de deplorar la pérdida de una existencia tan feliz, Augusto se preparó á la muerte como á una fiesta; cogió un espejo, se hizo rizar los cabellos, se dió colorete;

en seguida, como un actor que abandona la escena, y antes de ocultarse tras el bastidor, pide el último aplauso á la sala:

— Señores, dijo volviéndose hácia los amigos que rodeaban su lecho de muerte, responded francamente; ¿he representado bien la comedia de la vida?

No hubo mas que una voz entre los espectadores.

— Si, respondieron á un tiempo; si, ciertamente, perfectamente bien.

— En ese caso, replicó Augusto, batid palmas en prueba de que estais contentos.

Los espectadores aplaudieron, y al ruido de sus aplausos, Augusto se dejó caer suavemente sobre la almohada.

El cómico coronado habia muerto.

Hé aquí el hombre que protegió veinte años á Virgilio; hé aquí el príncipe á cuya mesa se sentó una vez á la semana con Horacio, Mecenas, Salustio, Pollion y Agrippa; hé aquí el dios que le proporcionó aquel dulce reposo elogiado por Titère, y en cuyo reconocimiento el amante de Amarilis promete hacer correr sin cesar la sangre de sus corderos.

En efecto, el talento bondadoso, gracioso y melancólico del Cisne de Mántua, debia agradar esencialmente al colega de Antonio y Lépidio. Robespierre, ese otro Octavio de otro tiempo, ese proscritor de peluca empolvada á la mariscala, de chaleco de cotonía y casaca azul flor de romero, á quien feliz ó desgraciadamente (la cuestion no está resuelta todavía) no se dejó el tiempo suficiente para mostrarse bajo su doble aspecto, adoraba las *Cirtas á Emilia sobre la mitología*, las *Poesias del cardenal de Bernis* y las *Travesuras del caballero de Boufflers*; los *Yambicos* de Barbier le hubiesen causado síncope, y los dramas de Hugo ataques de nervios.

Es que, por mas que se diga, jamás es la literatura la espresion de la época, sino por el contrario, y si es permi-



tido usar de la palabra, su palinodia. En medio de los escandalosos desórdenes de la Regencia y de Luis XV, ¿qué se aplaudía en el teatro? los dramas perfumados de Marivaux. En medio de las sangrientas orgías de la revolución, ¿quiénes son poetas á la moda? Colin-d'Harleville, Demoustier, Fabre d'Eglantine, Legouvé y el caballero de Bertin. Durante esa grande era napoleónica, ¿cuáles son las estrellas que brillan en el cielo imperial? Mr. de Fontanes, Picard, Andrieux, Baour-Lormian, Luce de Lancival, Parny. Chateaubriand pasa por un iluso, y Lemerrier por un loco. Se ridiculiza *El Genio del cristianismo*, se silba á *Pinto*.

Es que el hombre está hecho para dos existencias simultáneas, positiva y material una, intelectual é ideal la otra. Cuando su vida material está en calma, su vida ideal tiene necesidad de agitacion; cuando su vida positiva está agitada, su vida intelectual necesita de reposo. Si toda la mañana se ha estado viendo pasar las carretas que conducen las víctimas de los tiranos, llámense esos dictadores Sila ó Cromwell, Octavio ó Robespierre, hay necesidad por la tarde de experimentar sensaciones dulces que hagan olvidar las terribles emociones de la mañana. Es el ánfora perfumada que las matronas romanas respiraban al salir del circo; es la corona de rosas que Neron se hacia poner despues de haber visto incendiarse á Roma. Si por el contrario, se ha pasado el dia en una paz continuada, necesita nuestro corazon, que teme aletargarse en una lánguida tranquilidad, emociones ficticias que reemplacen á las emociones reales, dolores imaginarios que hagan las veces de sufrimientos positivos. Asi despues de aquella batalla decisiva de Filipos, en que el genio republicano acaba de sucumbir bajo el coloso imperial; despues de esa lucha de Hércules y Anteo que ha conmovido al mundo ¿qué hace Virgilio? Perfecciona su primera égloga. ¿Qué gran pensamiento le acosa en medio de aquel inmenso trastorno? El

de pobres pastores que no pudiendo pagar las contribuciones sucesivamente impuestas por Bruto y por César, se ven obligados á abandonar sus fecundos campos y su bella patria:

Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva;  
Nos patriam fugimus.

De pobres colonos que emigran, los unos á las tierras del tostado africano, los otros á la fria Scitia:

At nos hinc alli sitientes ibimus Afros;  
Pars Scythiam.....

Las de pobres pastores, en fin, llorando no la libertad perdida, no los lares de arcilla reemplazando á los penates de oro, no el santo pudor republicano velándose el rostro al aspecto de las futuras orgías imperiales de que César ha dado el ejemplo, sino por el sentimiento de no cantar ya, tendidos en una verde caverna, mirando pacer á sus vagabundos corderos el florido citiso y el amargo follage del sauce:

.....Viridi projectus in antro.

.....  
Carmina nulla canam; non, me pascente, capellæ.

Florentem cytisum et salices carpætis amaras.

Mas acaso es una preocupacion del poeta, acaso esa imaginacion que se ha llamado la Loca de la casa, y que deberia llamarse mucho mejor la Señora de la casa, se dirigiria momentáneamente, á los dolores campestres y á los lamentos bucólicos; acaso los grandes acontecimientos que van á sucederse arrancarán al poeta á su preocupacion errante por las selvas. He aquí que se aproxima Actio; he

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

aquí que el Oriente se levanta una vez mas contra el Occidente; he aquí el materialismo y el espiritualismo que vienen á las manos; he ahí, en fin, que llega el día en que decidirá la cuestion entre el politeísmo y el cristianismo; ¿qué hace Virgilio, qué hace el amigo del vencedor, qué hace el príncipe de los poetas latinos? Canta al pastor Aristeo, canta á las abejas estraviadas; canta á una madre consolando á su hijo de que sus colmenas están desiertas, y no teniendo nada mas que preguntar á Apolo que como con la sangre de un toro pueden crearse nuevos enjambres.

Y no se crea que escogemos al acaso y que tomamos una época por otra, porque Virgilio como si temiera verse acusado de mezclarse en las cosas públicas de otro modo que para alabar á César, él mismo se toma el cuidado de decirnos en qué época canta. Es cuando César lleva la gloria de sus armas hasta el Eufrates:

.....Cæsar dum magnus ad altum  
Fulminat Euphratem bello, victorque volente  
Per populos dat jura, viamque affectat Olympo

Pero así que César cierra el templo de Jano, que Augusto por segunda vez da la paz al mundo, entonces Virgilio se hace belicoso; entonces el poeta bucólico empuña la trompa del guerrero, entonces el cantor de Palemon y de Aristeo, va á referir los combates del héroe que partiendo de las costas de Troya, toca el primero las playas de Italia; él pintará á Hector arrastrado nueve veces por Aquiles al redor de los muros de Pérgamo, que rodea nueve veces con un surco de sangre; describirá al anciano Priamo degollado á la vista de sus hijas, y cayendo al pie del altar doméstico maldiciendo sus impotentes divinidades, que no han sabido proteger ni el reino ni el rey.

Y tanto como Augusto le ha amado por sus cantos paci-

ficos durante la guerra, tanto le amaré por sus belicosos cánticos durante la paz.

Así, cuando Virgilio muera en Brindis, Augusto ordenará derramando lágrimas, que sus cenizas sean trasportadas á Nápoles, á cuya mansion sabia era aficionado su poeta favorito.

Acaso el mismo Augusto había ido á ver aquella tumba, á donde yo iba á mi vez, y había descansado en el mismo sitio en donde, descansando yo, había visto pasar ante mis ojos toda aquella gigantesca historia.

Y sin embargo, ¡he ahí una ilusion que un desventurado sabio quiso arrebatarme, diciéndome que *acaso* no era aquella la tumba de Virgilio!